



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 18 No. 1

Marzo de 2015

NIÑEZ Y JUVENTUD: UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA

Laura Palomino Garibay¹

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Estudios Superiores Iztacala.

Resumen

El presente trabajo tiene como propósito hacer un recorrido por las nociones de niñez y juventud. Como fenómenos de estudio, son de reciente creación a pesar de ser momentos experimentados por el ser humano en toda su historia. La niñez aparece en la antigüedad como periodo de vulnerabilidad, en la edad media como dependencia, en la modernidad constituye una preocupación para la sociedad y se constituye como objeto de estudio para diversas disciplinas. La juventud, constructo que a lo largo del tiempo señala la permanencia en un periodo de tiempo de sometimiento a los adultos, de preparación para el futuro, de objeto de intercambio, muestra una diversidad de formas que merecen la atención de los psicólogos. Este concepto que emerge desde la sociología recupera la vida cotidiana y las prácticas sociales de esta población con lo que permite visibilizar la presencia de una diversidad de jóvenes presentes en la vida social. Finalmente se presenta una semblanza de México donde ambas poblaciones se han configurado de manera histórica y portan la herencia que como país se ha legado a estos niños y jóvenes.

Palabras clave: Niñez, juventud, historia, dependencia, adultez, diversidad.

¹ Profesora Titular del Área de Psicología Social. Correo Electrónico: lpalominog@prodigy.net.mx

Children and Youth: A Historical Approach

Abstract

This paper aims to take a travel of the notions of childhood and youth. As phenomena of study those themes are recently created despite being experienced by human beings throughout their history. Childhood appears in ancient times as vulnerable period, in the Middle Ages as a dependency, and in modernity is a concern for society and is constituted as an object of study for various disciplines. The construct youth over time indicates a retention time of submission to the adults, to prepare for the future, exchanged object, shows a diversity of ways that deserves attention of psychologists. This concept emerging from sociology gets daily life and social practices of this population such a way that allows visualize the presence of a diversity of youths present in social life. Finally it is shown a semblance of Mexico where both populations have historically configured and carry the heritage the country that has given as legacy to the children and youths.

Keywords: Children, youth, history, dependence adulthood diversity.

Niñez y juventud son dos nociones que emergen en la historia moderna para hacer visibles a poblaciones que, si bien han existido desde la antigüedad, son recientes como fenómeno de estudio. En la antigüedad y la edad media, la supervivencia de los niños se veía limitada por las enfermedades; el tránsito a la adultez era inaplazable y se consideraba adultos pequeños a los que cursaban por momentos intermedios. Por tanto, la atención se centró en el adulto independiente.

Con el advenimiento de la modernidad, la producción tecnológica permitió la prolongación de la vida, el control de las grandes epidemias y el crecimiento de las urbes con el incremento simultáneo de la esperanza de vida. Como consecuencia, conceptos como *niño* y *joven* se emplean para designar la permanencia en condiciones de vida de dependencia.

A lo largo de la historia, se les han asignado diferentes dimensiones: en algunas sociedades destaca como principal característica la edad; en otras, la dependencia de estos grupos de los padres. Sin embargo, persiste su ubicación como sujetos temporalmente “incapaces”: de tener una familia, de conocer la ley, de una educación

que los prepare para la vida; y en tanto *no adultos*, de estar en una continua exposición de sus deseos e impulsos, de lo inocente a lo lúdico o violento, situación exacerbada en el joven. El presente trabajo hace un recorrido por las dos nociones, juventud y niñez, con el propósito de ubicarlas históricamente y considerarlas como constructos histórico sociales. De esta manera, remiten a sentidos diferentes en el tiempo pero también son portadores de una historia que definió su origen y, simultáneamente, muestra continuidades.

Así mismo es posible afirmar que estas dos poblaciones evidencian la historia de la desigualdad, donde la dependencia del adulto marca el lugar y sus posibilidades de existencia; cruzadas por la etnia, el nivel socioeconómico, el género, podemos encontrar en diferentes sociedades y momentos históricos a estas poblaciones en lugares de exclusión y marginalidad.

Para la psicología estas poblaciones son de particular importancia en un primer momento porque a lo interno de la disciplina independientemente de la orientación teórica se les propone como objeto de estudio: infancia, niñez, adolescencia, juventud. En tanto en áreas de trabajo aparecen insertos en: escuela, familia, instituciones asistenciales, poblaciones vulnerables, grupos en riesgo, niños y jóvenes en formación, en rehabilitación, sectores en conflicto con la ley. De igual manera, su presencia es objeto de trabajo en campos de ejercicio profesional: psicología educativa, rehabilitación, psicología organizacional, salud, entre otras.

Lo incompleto e imperfecto

La comunidad política griega, priorizaba la atención y la educación de niños y jóvenes como parte de su dimensión ética en torno al bien colectivo. La vinculación de este proceso de maduración del hombre con la ciudadanía era producto de su noción de animal-político (*zoonpolitikon*). Era el único sujeto que podía representar el interés de la comunidad y su gobierno, de cómo eran educados dependía la felicidad o infelicidad de los pueblos antiguos. Así, se deposita en la formación de los futuros ciudadanos con el propósito de hacer coincidir sus objetivos políticos. Schnapp (1996) refiere que “La *paidiea* era el núcleo central de las instituciones cívicas porque no dispensaba

solamente una enseñanza, sino que suponía un orden social que, en último término, oponía dialécticamente a jóvenes y viejos, y formaba el pedestal natural del equilibrio de la ciudad...” (p. 39): la responsabilidad del comportamiento a futuro se encontraba en la esfera del orden público.

En las sociedades antiguas, el joven está ubicado en el centro de la vida política en tanto hombre susceptible de convertirse en ciudadano. Aristóteles (2000) señala: “Es el caso de los niños no inscritos a causa de su edad y de los ancianos liberados de todo servicio; se deberá decir que son ciudadanos en cierto modo, pero no en un sentido demasiado absoluto, sino añadiendo alguna determinación, a unos <<imperfectos>>, a otros<<excedentes por la edad>> o cualquier otra semejante (no importa una que otra, pues está claro lo que se quiere decir)” (p. 110-111). Esta posición permitió ubicar al joven en conjunto con los niños y los ancianos como ciudadanos incompletos.

El caso de Roma, refleja otro escenario, su organización política y social es más estructurada y territorialmente más amplia. Aquí el concepto es resultado del cruce de varios elementos: la clase social, el sexo y la relación con los padres, así como la edad. Fraschetti (1996) menciona que “Según Varrón en Roma se era *puer* hasta los quince años; la adolescencia (*adulescentia*) duraba de los quince a los treinta y la juventud (*iuventus*), de los treinta a los cuarenta y cinco años. Para Isidoro de Sevilla, a principios del siglo VII D.C., la infancia duraba hasta los siete años, la *pueritia* abarcaba de los siete a los catorce, la adolescencia (*adulescentia*) de los catorce a los veintiocho y la juventud (*iuentus*) de los veintiocho a los cincuenta.” (p. 87). Esta definición en el criterio cronológico obedece en gran medida a las prácticas sociales características de esa época, la marcada división entre grupos sociales enfatizando la relación esclavo-ciudadano y, en un mayor sentido, la diferencia entre la colaboración en actos de barbarie de los esclavos y la participación a través de la *curia* de los varones.

La *patria potestas*, el poder de los padres refiere Fraschetti (1996), es lo típicamente romano que permite ese funcionamiento. Aparece así el significado que organiza las

formas de vida de este grupo social. Los padres tenían derecho sobre vida y muerte de sus hijos, por esto, sólo a su muerte se encontraban en posibilidad de ser autónomos.

Es en Roma en donde los adultos con un lazo de consanguinidad recuperan la concesión con el Estado: de organizar el futuro para los jóvenes y la fuente del discurso de la dependencia juvenil. Esto mostró serias limitaciones: por un lado, enfatizó los conflictos generacionales y de clase (referencia común en los teatros de los conflictos paternos); por el otro, buscó salidas, invariablemente al amparo del respeto a los padres, mediante la investidura de la túnica y el acceso al matrimonio, ambos rituales que marcaban el inicio de la juventud.

Para las mujeres el "...rito que las introduce en la juventud corresponde a su función social: reproducir el cuerpo cívico" (Fraschetti, 1996, p. 88). Para los varones existía la ceremonia presidida por el padre –tan fastuosa como cada familia lo estableciera- del cambio de los signos de la infancia por la toga viril donde en lo privado se celebraba la aprobación del padre y en lo público se le acompañaba al Foro de la Plaza donde se administraba la justicia para los adultos.

El niño se percibe como imperfecto, con carencias, se centra la atención en cubrir sus necesidades de cuidado, de protección, pero sobre todo de preparación. La juventud, en tanto conflicto generacional, se condensó en la adscripción a la tutela paterna, en la lenta integración al sistema legal y en la dependencia de la situación social.

La exclusión de los procesos políticos, concernientes al ámbito de lo público en las sociedades antiguas, afecta lo doméstico. Si bien en Aristóteles se encuentra una preocupación por distinguir los órdenes de gobierno de la casa y de la ciudad, en términos de la organización social, el elemento de tutelaje sobre la mujer y los hijos se traslada al ámbito público. Este giro es del mismo modo lo que define la comunidad política en donde finalmente, no está plenamente constituido lo público y lo privado.

Esta división se suscitará en los estados modernos, producto también del cambio en el modo de producción. Esta transición da lugar a relaciones sujetas al vínculo amo-esclavo y, posteriormente, en las sociedades feudales, señor-siervo. Se advierte una

redistribución en el orden familiar y político de las sociedades antiguas, se libera paulatinamente las funciones de cada uno de los miembros de la sociedad porque los inserta en condiciones diferentes de trabajo y por consiguiente de dominación.

Poblaciones de Tutelaje

En la edad media la referencia a la niñez es muy escasa. Aries (1987) señala que en el siglo XV el concepto de infancia inicia su formación y es hasta el siglo XVII que en Europa se reconoce como tema de reflexión; la familia se constituye en el principal espacio donde ocurre la vida cotidiana; el cuidado de los padres se ve afectado por la amplia mortalidad infantil, y la mirada sobre los niños se matiza hacia finales de la edad media. De igual manera, este autor comenta sucesos importantes que ocurren hacia final de esa época: se representa en la pintura al niño; se debilita la práctica de otorgar el mismo nombre a dos infantes ante el temor de la muerte de alguno de ellos. También inicia el alejamiento del mundo de los adultos y la definición de un espacio para la infancia donde la escuela en un primer momento de corte eclesiástico será el dispositivo que regule sus actividades, toda vez que el niño se considera un adulto pequeño.

En la sociedad campesina existían funciones más que edades, Michel Pastoureau (1996) señala que cada uno de “los niños de pecho, los niños, los jóvenes de ambos sexos, los recién casados, los padres y madres de familia, los viudos y viudas, los ancianos y los difuntos” (p. 283) cumplía con actividades específicas en relación con su comunidad. La diferencia entre sus funciones era si acaso señalada en la vestimenta o en el tamaño en comparación con los otros. Sólo indicaba algún contraste, pero no marcaba una incompatibilidad ni especificidad propia a este sector, la diferencia existía sólo en funciones productivas y complementarias como grupo social, el cual sostenía las relaciones de dominación.

Desde la niñez, la incorporación de los pobres al campo laboral estaba garantizada. Los niños a los seis o siete años hacían de “mandaderos”, se incorporaban posteriormente al campo y desde los trece años eran susceptibles de servir en alguna casa como preámbulo a la actividad de aprendiz de un oficio. En el inicio de la juventud

había una actividad económica clara, una relación afectiva con la casa paterna y además una serie de obligaciones económicas por proporcionar.

En la edad media la referencia de la juventud está hecha a través de la literatura y de la narración de grandes hazañas, en las cuales valerosos jóvenes encauzan las batallas más difíciles en busca de la victoria. Las referencias a este grupo de combatientes señalan a hombres entre quince y treinta años, refiriéndose a los de menor edad como *enfant* y a los de mayor edad como *juene*. Durante este periodo, se acuña el término *Bachelor* que en un inicio se opone a *barón* considerado caballero de alta alcurnia. El primero, como señala Marchello-Nizia (1996), designa a quien no es caballero, guerrero, noble, doméstico, vasallo ni alguien sin beneficio, pero que por lo general es un joven, el cuál se sitúa en una etapa transitoria hacia un estado definitivo como señor o caballero, o a una designación social como el señor casado o feudal, propietario de un feudo.

Esta fase se constituía en un filtro que permitía mediante la supervivencia –en el sentido más amplio- la posibilidad de perdurar como adulto y como grupo social. La muerte, la valentía, la conquista, el servicio, entre otras, son funciones que la juventud debe satisfacer para asegurar una posición social en el entramado medieval.

En el avance de la edad media, la juventud aparece también como problema, existía una continua referencia a mantenerlos alejados de la vida pública. Se les lleva a la escuela y se les otorga un dispendio económico que les permitía no crear problemas durante esta época. La educación religiosa aparece como una encomienda para este grupo y se sale de ella sólo con el matrimonio o la integración a la comunidad económica.

La denominación de los *giovanni*, quienes iniciaban hacia los veintitrés o veinticuatro años y dejaban de serlo a los treinta y cuyos comportamientos condenables evidenciaban las limitaciones de vivir bajo la tutela económica y social de los padres, compartía como rasgo principal la *juvenes*, en cuanto realizaba los mayores despilfarros y sin responsabilidad alguna permitía los excesos económicos y de placer. Al respecto, Crouzet-Pavan (1996) menciona “el tiempo de la juventud equivale al de

un consumo desenfrenado y sin normas de todas las viandas y todos los placeres” (p. 225-226).

Este tipo de organización facilitó entre otras cosas el compañerismo y la participación grupal en actividades inicialmente lúdicas, pero que con el tiempo adquirieron un carácter violento de competencia entre grupos y dieron la posibilidad de romper con la ubicación por edad, enfatizando los vínculos entre iguales y la posibilidad de constituirse en espacios identitarios cuya actuación paradójicamente reforzaba el orden institucional al convertirse en pregoneros de los enlaces más oportunos, de los eventos religiosos, la recepción de autoridades extranjeras y el reconocimiento de los mejores líderes.

A la larga, la juventud convirtió en acciones lúdicas y violentas la inconformidad con una salida institucional: la organización de sociedades de jóvenes, cuya función dependía en gran medida del origen privilegiado de sus actores ciudadanos (en tanto ciudadanos). Aquí las instituciones de adultos y de jóvenes de manera complementaria daban salida a las tensiones que cuestionarían este tipo de sociedad. Las organizaciones juveniles van adquiriendo un carácter de vigilancia del orden desde un lugar ubicado en la búsqueda de una posición dentro del entorno de privilegios, así como del desorden, a través de la irreverencia, la trasgresión a la norma, la violencia, el agravio y la aplicación de sanciones, decididas al interior de esas corporaciones.

Las relaciones se tensan pero la salida de esa etapa, con la muerte, el matrimonio o la llamada del padre, posibilita que la juventud se constituya en un espacio de expectativa, transición e iniciación a la vida adulta. Así se demuestra lo momentáneo, lo plenamente transitorio de ese *status*, suscitando un efecto socializador en el joven y en el adulto, una nostalgia por lo lúdico.

El matrimonio, salida común hacia la etapa adulta fue en este periodo un ejemplo más de la actividad orientadora que debía seguir el joven: casarse proporcionaba un lugar en lo público y en lo privado. Los mecanismos de acceso a esta institución estaban generalmente relacionados con la pertenencia al núcleo de los adultos.

Las familias y en especial el padre, decidían el futuro de los hijos cuyas posibilidades de autonomía eran escasas en virtud de su dependencia económica. Se hacía atractiva la afirmación del varón o cambio de linaje a través de una buena dote, del ser enviado fuera del lugar de origen en busca de formación o de fortuna, o en todo caso al asegurar un futuro dentro de la jerarquía eclesiástica a través del sacerdocio. De igual manera, ceder la primogenitura brindaba la posibilidad de que el hermano fundase una estirpe más oportuna y permitía una salida adecuada al no-matrimonio y afianzaba un lugar de privilegio. Para la mujer los espacios eran más limitados aún, puesto que su valor dependía de la dote que pudiese su familia dispensar, la reclusión en el convento o el servicio en la casa paterna.

Ago (1996) señala que “más que la antítesis autoritario/liberal valdría la pena reflexionar sobre estos aspectos de la persuasión y sobre todo de la mediación” (p. 40). Este momento puede ser construido como un fragmento de un discurso sobre el joven cuya materialidad es el cuerpo, un cuerpo de utilidad económica y política, en el que la parte del convencimiento y la mediación operan directamente. Así, en el inicio de las sociedades de control aparecen mecanismos más en el orden de la disciplina que del maltrato, los jóvenes son el riesgo por controlar, las diferentes instituciones disciplinarias toman al cuerpo como principal interés, se multiplican los procesos, se construyen estrategias para que la dominación se ocupe también del alma de aquello donde el carácter del individuo se modela la escuela, la milicia y la prisión se ocuparán posteriormente de construir formas de control para encausar la irrupción del orden.

La guerra es otro espacio donde los jóvenes aparecen insistentemente. Se incorporan a los ejércitos de forma masiva y buscan a través de la iniciación militar la salida a su juventud. En la etapa del reclutamiento voluntario, los ejércitos acogían a jóvenes menores de quince años que morían rápidamente en el campo de batalla y que eran reemplazados de manera vertiginosa por otros jóvenes en igualdad de condiciones. Al paso del tiempo la militarización se hizo obligatoria, la milicia adquiere un carácter disciplinar, convirtiéndose a la extrema juventud en un problema debido a la gran cantidad de tiempo que se debía invertir en su formación y a la labilidad ante las enfermedades y las condiciones climáticas extremas. En este contexto, se busca una

salida en cuanto a la edad y se establecen límites de ingreso y permanencia generalmente a través de la formación. Loriga (1996) menciona “[...] el ejército tenía un valor iniciático fundamental, entre la familia paterna y el matrimonio, entre la independencia económica y la elección de un oficio, había que vestir el uniforme militar” (p. 52). La institucionalización del servicio militar fungió como acto de iniciación de los jóvenes a la vida de adulto una vez cubierto ese requisito, el joven seguía en formación para el futuro.

La juventud en el orden moderno

La incorporación mundial a la industria propició una serie de transformaciones sociales que tocaron todas las esferas de la vida cotidiana; la niñez aparece como un periodo de preparación para el futuro. El orden y la institucionalización, baluartes de las sociedades en construcción, encuentran en la escuela un dispositivo de control y la responsabilidad de estas sociedades queda en la esfera de lo público, la familia comparte la responsabilidad educativa con la escuela, el niño se convierte en tema de estudio, la pedagogía y psicología construyen saberes que permiten identificar sus necesidades, los cambios biológicos, el desarrollo cognitivo, el siglo XIX hace énfasis en la inocencia y docilidad del niño, se le presenta como un ser susceptible de guía, las formas de educación acallan cualquier manifestación corporal, en tanto el juego y el ejercicio llenan el espacio de la niñez burguesa. Es en 1841 que las leyes de protección a los niños en Europa hacen un llamado a la protección de los infantes sobre todo en el terreno de lo laboral, y para 1881 Francia lo establece como un derecho.

El trabajo aparece en esta época como una forma de supervivencia para sectores donde la edad estaba vinculada a la condición económica, en las zonas urbanas la incorporación de una gran cantidad de niños desprotegidos a sectores manufactureros impulsaban la modernización. En el campo, la ocupación en actividades de cuidado de los bienes y la cooperación en tareas señaladas por los adultos tejían la vida cotidiana del niño. Así, la incorporación de los pobres al campo laboral estaba garantizada, los niños a los seis o siete años hacían de mandaderos, posteriormente se concentraban en el campo y desde los trece años eran susceptibles de servir en alguna casa como

preámbulo a la actividad de aprendiz de un oficio, para cuando se iniciaba la juventud ya había una actividad económica clara, una relación afectiva con la casa paterna, pero una serie de obligaciones económicas por cubrir.

Con el paso del tiempo la nueva división social del trabajo, exigía la participación de los miembros de la familia en la economía ya no sólo de autosuficiencia. En aras de proyectos nacionales, los derechos sociales empiezan a reconocer las condiciones de trabajo como una explotación producto del “capitalismo salvaje”. La visión humanista atravesada por el comunismo y por el mismo liberalismo facilitó una nueva división laboral, afirma Michelle Perrot (1996) “...la familia obrera, patriarcal, obedecía a la ley del padre respaldada por el Código Civil, y sacaba de esa autoridad una identidad legítima” (p. 120) al alejar de la producción a los niños y adolescentes, se construye el soporte y fortalecimiento de la vida institucional, se coloca a la familia como mediadora de las responsabilidades del futuro adulto, a la par la familia transfiere a la escuela responsabilidades formativas, la vida privada pasa a la escena pública, se masifica la educación y capacitación en aras de la eficiencia y productividad.

Para el siglo XX, el 16 de septiembre de 1924 en la declaración de Ginebra, La Liga de las Naciones aprobó La Declaración de los Derechos de los Niños, trabajo que sentó las bases para que en 1959 se promulgara la Declaración de los Derechos del Niño por Las Naciones Unidas.

La búsqueda de universalizar estos principios ha propiciado otros ejercicios de reivindicación de esta población: el 20 de noviembre de 1989, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Convención sobre los Derechos del niño, documento que actúa como tratado internacional de diversos países y que desde el 2 de septiembre de 1990 tiene efecto, comprometiendo a más de 150 países en su ejercicio. El trabajo sobre la construcción del niño como sujeto de derecho es una actividad reciente por lo cual a lo largo del tiempo se continúan precisando las formas de protección que requiere en el campo económico y social. El siglo XIX y XX institucionalizan a la niñez, se construye un amplio proyecto disciplinario, la escuela aparece como principal dispositivo de control, se prepara al niño para su inserción al

campo laboral a partir de la educación; el proyecto formativo incluye la incorporación a través de las instituciones y de ahí que la niñez adquiera el estatuto de la legalidad, el niño deja de ser adulto en incapacidad y se constituye en proyecto institucional de adulto.

La pedagogía adquiere importancia, la infancia se somete a procesos formativos y correctivos la educación es la principal estrategia para transitar por la niñez, los estudios sobre el desarrollo del niño proliferan, lo sano y lo patológico fueron temas claves que permitieron construir discursos sobre la niñez.

La proliferación de los institutos, escuelas y universidades mostró durante el siglo XIX el proyecto social del cambio económico para la sociedad especialmente para los jóvenes, durante este periodo tres escenarios se consolidan en esa época.

La promesa institucional

El primero derivado de la proliferación de los institutos, escuelas y universidades, con el propósito de integrar a los jóvenes a las instituciones y facilitar el tránsito hacia la adultez a partir de la educación para los sectores urbanos y de condición económica privilegiada, las sociedades burguesas orientaban su futuro, su juventud, garantizaban un espacio para aquéllos que a la muerte de los padres debían asumir su lugar, para los sectores pobres era una posibilidad de cambio de trayectoria social, aun cuando para este último grupo pobre la mayoría de las veces el acceso era muy limitado. Se fortalece el proyecto de la promesa, acceso al lugar de quien dirige las relaciones de poder, incorporación orgánica en el hacer de la sociedad, recibir la herencia de un capital social que finalmente, inclusive si fueran deudas, le proporciona un reconocimiento en la legalidad. Esta lógica impulsada para la niñez y juventud lleva a considerar al estudiante como modelo formativo, la escuela y las relaciones que se fortalecen crea escenarios institucionales para el tránsito de esos periodos.

Feixa (1999), autor de numerosos trabajos sobre el tema desarrolla el concepto de metáfora social, señala que al joven, como esperanza del futuro, alude a la ilusión y al progreso, donde el compromiso otorgado por la sociedad le confiere una

responsabilidad muy grande en el terreno de lo generacional. Es decir, se le encarga la transmisión de lo que el adulto espera, la continuidad del proyecto institucional.

Portavoz del cambio

El segundo escenario es la incorporación de los jóvenes a las milicias, la referencia del joven como el portavoz de la nueva era, se encuentra sobre todo durante las confrontaciones mundiales dadas por distintas visiones de unidad, tales como: el fascismo, el nacional-socialismo. En este sentido, la formación para la milicia en los jóvenes era un proyecto de vida que se preserva encaminada a la reproducción de ideas y de conservación de la nación y con ella una serie de atributos, que si bien se reflejan como una defensa de la soberanía, se traducen en nuevos elementos de identidad comunitaria.

El hombre nuevo o soldado político (Michaud, 1996), una visión factible a los regímenes totalitarios en la formación escolar, estaba dirigida a consolidar el proyecto político y económico de dominación del mundo y los comisionados a esta tarea, las llamadas Juventudes Hitlerianas, pasaban por diversos procesos, principalmente las relacionados con las tecnologías del cuerpo, el adiestramiento incluía formas de observar al enemigo; a los niños se les enseñaba a observar rasgos físicos -lo racialmente extranjero- hasta aquéllos que se identificaban, más que parecerse, con lo extranjero -judío de espíritu- con una dimensión que articulaba la función pedagógica con el saber que sobre el enemigo -el diferente- deberían poseer. Esas juventudes hitlerianas eran dispositivos de la voluntad del *führer* o en todo caso del vocero de una política racial. Es el cuerpo, principal símbolo de la juventud, disciplinado, la táctica de una raza creadora, donde se combina la fuerza con la belleza, y se trabaja para garantizar el futuro.

En Italia, la juventud adquiere significados mayores, lo histórico se recupera a través de la imagen del *efebó*, el deporte se convierte en la principal estrategia de disciplina, el uniforme negro que remite al *homo novus* va más allá de ser propaganda que representa la condición italiana moderna: el Italiano de Mussolini (Lalvano, 1996), la joven Italia, la imagen de la eterna juventud, los rasgos del *Duce* en el joven, una serie

de imágenes que contribuyen a que la juventud sea una categoría social aglutinadora de las propuestas del nacionalismo.

La juventud como significado es especialmente importante durante este periodo, al colocar en un lugar similar a los jóvenes *por edad* con los jóvenes *por actitud*, que se refleja en el comportamiento o compromiso con el fascismo, a través del cual se realiza una adscripción con otros momentos históricos donde esta característica remitía a un lugar de privilegio. Sin embargo y como señala Passerini (1996) "Aun cuando prevalece la visión de la juventud como fase preparatoria a la vida adulta [...] surge la idea moderna y posmoderna de una condición juvenil prolongada e inquieta" (p. 417) que actualmente predomina.

Al avanzar el siglo, nuevos retos se presentan, las políticas de crecimiento económico y la expansión de países como Estados Unidos de América, como el país "triunfante" de las guerras mundiales. Impulsan una apología de la juventud como cambio sobre todo en referencia a la vieja Europa tan dañada en ese momento por las guerras. Es importante mencionar un periodo de producción amplia del discurso (Cohen 1945, Erikson 1950, Friedenberg 1959, Coleman 1961, Bremmer 1974, entre otros) donde numerosos autores debaten sobre los contenidos en torno a la juventud y sus implicaciones (Passerini, 1996), el término *teenagers* incluye a adolescentes y jóvenes y se difunde como un ideal: "La figura del adolescente que surgía de este modo estaba asociada a la vida urbana y encontraba su medio ideal en el *highschool* -que se había convertido en un cosmos particular-, con sus clubes, sus actividades deportivas, sus *sororities* y *fraternities*, los bailes, las fiestas y otras actividades fuera del programa con sus lugares correspondientes como los *drugstores*, los coches y los bares de jóvenes" (Passerini, 1996, p. 422). Desde esta perspectiva, la propuesta estadounidense busca consolidar un saber sobre lo joven, que permita garantizar el orden, un nuevo orden en el que aparece como hegemónica, frente al desencanto social de la sociedad gestada en Europa.

Diversidad juvenil

El tercer escenario se refiere a las formas juveniles construidas desde la condición económica. Los cambios vertiginosos producto del término de las dos guerras mundiales así como el crecimiento poblacional facilitaron la proliferación de otros grupos menos privilegiados, en su mayoría provenientes de lo marginal. Irrumpen expresiones de los diferentes: por color, por nivel económico, por ser inmigrantes y en gran medida por delinquir.

La mayor parte de los estudios realizados por autores de la escuela de Chicago en colaboración con el estado centran sus esfuerzos en la búsqueda de formas explicativas y de estrategias disciplinarias de los que se alejaba del perfil, que la sociedad exaltaba, los que salían de la norma, que remitían más a la anomia social que a lo patológico. Estados Unidos de América en los años sesentas impone un discurso juvenil; sin embargo, la irrupción viene de aquello que intentaba acallar: los disturbios raciales, el desempleo, la presencia del pensamiento de "izquierda", la guerra con Vietnam, la creciente inmigración ilegal, etcétera, revirtiendo el orden, el "ser joven" o "lo juvenil" se centraba en la rebeldía y protesta, hasta en grupos privilegiados como los estudiantes.

El discurso de la juventud se transforma, desde finales del siglo XIX hasta inicio del XX y, adquiere un sentido de problema, sin embargo, la emergencia de este sentido de lo joven se suscita a la par con el crecimiento demográfico, situación que ha colocado las reflexiones sociológicas en los problemas generados por este grupo a partir de los años setentas hasta la actualidad como son el antagonismo con la sociedad, la rebeldía, la violencia, subversión principalmente.

Así, diversas formas de control se fortalecen, desde lo jurídico se promulgan leyes que consideren la rehabilitación y el castigo para aquéllos que siendo menores de edad infringen la ley, se construyen instituciones gubernamentales encargadas de abordar la problemática de los jóvenes-delincuentes. Es decir, el Estado se hace garante de una conducta específica en aras de la defensa de la propiedad, por lo que el joven deja de ser un sujeto sometido sólo al orden privado, el de la familia, para entrar desde la

dimensión negativa de la ley (en tanto sanción), con nuevas obligaciones frente al orden social.

El joven en México

En el México Prehispánico, principalmente en el centro, este hilo conductor está dado por la organización de los pobladores en torno a una forma de gobierno encabezada por una autoridad suprema representada en el señorío del *Tlatoani* que combinaba funciones civiles, militares y religiosas, judiciales y legislativas, o *porhuey tlatoanio* gran señor, al de mayor autoridad. La organización y trayectoria de los *macehuales* o gobernados dependía de las unidades territoriales o calpules donde con base en las diferencias y categorías de los moradores se distribuían derechos y obligaciones, la familia, la pareja, la servidumbre y los jóvenes, entre otros, tenían claridad sobre el lugar que les correspondía.

La familia era la unidad económica, de producción tributaria y de reproducción generacional. El matrimonio y el futuro de los jóvenes dependían de su linaje. Estas dos condiciones se convertían en las oportunidades de movilidad social, los muchachos *-telpochtoton-* de condición plebeya ingresaban al *telpochcalli* -casa de solteros- antes de la pubertad y recibían educación para las obras públicas y para la guerra, sus tareas consistían en la preparación para servir; con la pubertad se convertían en jóvenes *telpopochtlin* y fungían como escuderos de guerreros con experiencia en los campos de batalla como una preparación para ocupar ese lugar, su futuro dependía de su comportamiento militar; la captura de enemigos le proporcionaba insignias y avance en la jerarquía. La *casa de solteros* contenía a estos pobladores hasta los veinte años que salían para casarse y establecerse como jefes de familia; los que no ascendieran en la jerarquía se retiraban de la vida de guerrero aunque estaban disponibles como parte del servicio militar.

La población con un origen noble se destinaba al *calmecac*, donde la educación se proponía como preparación para el sacerdocio y señala Carrasco (2001), para el "adiestramiento en las artes como la pintura de los libros, el trabajo de la pluma o los conocimientos históricos y calendáricos relativos a la religión y practicados por la

nobleza, especialmente sus grados inferiores" (p. 178). Precisamente la diferencia social se acentuaba en la juventud.

Con la conquista, la organización social anterior se destruyó parcialmente y la sustituyen formas de control férreas que garantizan el orden impuesto por los españoles. El sometimiento de varios siglos opacó las expresiones particulares de la sociedad prehispánica, priorizando la supervivencia. No es sino hasta el siglo XVII que se distinguen claramente sectores sociales: los mestizos y criollos. Estos sectores definieron caminos divergentes para los jóvenes. La incorporación como estudiantes a las universidades en la sociedad novo hispana representaba una suerte de reconocimiento para los hijos -dudosos o legítimos- de los ricos españoles, lo que propiciaba la adscripción a una comunidad de privilegio: la estudiantil. La posesión de un grado escolar, siendo el doctoral aquel cuyo otorgamiento incluso iba acompañado de un ritual de iniciación, proporcionaba prestigio y un lugar diferente en el cuerpo social, que de otra forma sólo lo proporcionaba el reconocimiento paterno. La pertenencia a este grupo permitía hacer menos notable el origen de clase. Para los mestizos, mulatos o zambos el reto era conseguir la matrícula, porque una vez ingresando se diluían las diferencias de raza con los criollos, es por eso que la asistencia a escuelas creadas por religiosos se convertía en una alternativa de movilidad social para los no criollos y para la propuesta evangelizadora. Esto significaba la socialización de sus principios.

Para el siglo XVIII las condiciones de privilegio de algunos y la de pobreza de la mayoría, mostraban un crecimiento poblacional indígena cuyo cultivo de la tierra no le proporciona lo indispensable para sobrevivir, los niños hacían evidente la colonización. De su origen dependería el futuro, los hijos de indígenas y españoles continuarían la tradición familiar en el campo y en el comercio. El servicio estaba principalmente en manos de niños y jóvenes de dudoso origen, de ahí que, ser reconocido ante la iglesia mediante el bautizo -que en ese momento compilaba los registros de la población- permitía acceder a la formación para el servicio. La incorporación como sirvientes en casas de ricos españoles era el destino de los niños nacidos de padres españoles y madre indígena. El ingreso a la formación en los oficios principalmente las panaderías

solo era posible si los padres eran españoles, el reconocimiento o no de los niños por los padres o padrinos señalaba más la condición de exclusión.

Los jóvenes dependían de la autoridad paterna y se incorporaban al cultivo de la tierra, que en el mejor de los casos le correspondería a la muerte del padre. Otros sectores como el textil y el minero construían para los jóvenes la principal fuente de empleo inclusive aun cuando su ingreso económico era mayor, las condiciones de trabajo hacían que un gran número de ellos muriera en este temprano periodo de vida. Los criollos por otro lado se concentraron en las universidades y hacia principios del siguiente siglo la condición se evidenciaba con mayor ahínco, proliferaban las masas sin formación educativa, mientras que los criollos ilustrados se reducían.

Durante la independencia, los jóvenes mestizos aparecen como parte de la plebe y de la tropa, construyen su vida transitando en grupos de lugar en lugar, al término de la lucha se integran en su mayoría al servicio hacendario. Los colegios se convertirán en el siglo XIX en una de las instituciones educativas más significativas en los primeros pasos del México independiente durante la colonia fueron la alternativa para algunos otros sectores minoritarios incluyendo la inscripción en las escuelas normales, mismas que se fomentaron por parte de algunas compañías religiosas hasta que los liberales lucharon por mermar la presencia de este tipo de organizaciones religiosas.

Los jóvenes y la nación

Hasta 1900 la vida obrera, el trabajo en la hacienda y la leva, constituían los espacios donde se insertaba el joven; sin embargo, el crecimiento demográfico mostraba que "la mitad de los mexicanos tenían menos de 20 años y el 42% entre 21 y 49" (González, 2001, p.110) enfatizando la necesidad de una política educativa más amplia. En el caso del movimiento armado de 1910 en México, el surgimiento de grupos armados ubica a un sector de jóvenes mayores de 14 años que eran llevados al frente de combate y que jugaban la suerte de "carne de cañón" de los batallones. El periodo armado de la revolución es uno relativamente corto (entre 1910 y 1914), no se puede apelar a una formación sólida dentro del campo de batalla, la mayoría de ellos morían a temprana

edad y los que no continuaban supeditados a los generales de los respectivos batallones.

Si el orden militar requería méritos e importantes hazañas, la historia ha tenido a mal en signar a algunos personajes como ejemplares de estas tareas, porque los jóvenes - incluso en actitud- ante la falta de méritos militares propios permanecían al amparo de los jefes militares y de sus respectivas esferas de influencia. Uno de los más importantes referentes de esta etapa, se ubica en la novela de la revolución, en la que se muestra con frecuencia el anhelo de cambio e incluso de civilización en los jóvenes, preferentemente educados en las universidades europeas, confrontados con el orden violento de los hombres adultos, herederos de la revolución.

El gobierno de Porfirio Díaz evidenció la permanencia de gobernantes adultos en el poder ya que éstos permanecían hasta la vejez y en muchas ocasiones morían en el cargo que desempeñaban, situación que ponía en evidencia la poca o nula participación de los jóvenes en la vida política del país, pero sobre todo un estancamiento en el propósito por formar a los jóvenes e incorporarlos a las responsabilidades de los adultos. El papel de los jóvenes hacia finales del siglo XIX y principios del XX se ciñó al terreno de las artes, sobre todo para aquellos jóvenes pertenecientes a las altas esferas del gobierno hijos de los políticos de la época también llamados “científicos”, y que daban un valor significativo a las universidades europeas. La permanencia de las formas de gobierno vinculadas con Europa fue transformándose desde este espacio, la recuperación de temas mexicanos, novelas costumbristas, temas amorosos y obras relacionadas con la crítica social, se convirtieron en tareas de las generaciones jóvenes. En ellas se podían advertir al menos tres generaciones que trataban de impulsar una cultura nacional y aunque la diferencia de edades era grande, se podían distinguir por las características de la población "... la mitad de la población tenía menos de veinte años y el 42 por ciento entre 21 y 49" (González, 2001, p. 112).

Surgieron dos generaciones de jóvenes intelectuales: la modernista y la del ateneo, que se convirtieron en los principales críticos de Díaz. Una corriente de jóvenes-adultos

y la otra de jóvenes-intelectuales, criticaron y se opusieron al régimen dominante, pero no buscaban nuevos valores. Buscaban la libertad, el orden y el progreso, eran los voceros de la inconformidad más no de la propuesta. Como parte de la producción cultural de ese tiempo, se publican revistas como *La juventud Literaria* donde los intelectuales muestran su interés en las letras y en formar una literatura nacional, en este proyecto se integran algunos por edad y otros por actitud. La orientación de los jóvenes de este tiempo hacia las letras y las artes propició una novedosa forma de conciencia de la problemática nacional, misma que en realidad encontró sustento en los viejos grupos de literatos del siglo XIX, que en su mayoría ejercían la crítica al régimen a través de la literatura. La percepción artística de los jóvenes de esta época trasciende al plano social en cuanto empieza a reconocer la desigualdad social y el alto grado de pobreza como uno de los principales obstáculos para la constitución nacional. Incluso como producto y resultado de ese orden de las cosas, los jóvenes intelectuales se encontraban en un proceso de reconocimiento en el que el gobierno de Díaz aparecía como el orden “viejo” sobre el que no se podía sostener una nueva nación.

Los primeros pasos de la sociedad mexicana tras el movimiento armado de 1910 y la caída del régimen porfirista bajo el principio de “sufragio efectivo, no reelección” aparecía para los nuevos grupos políticos como un triunfo de esa juventud crítica que evidenciaba la desigualdad social, misma que aparecía con frecuencia cautiva en las regiones, como resultado de los cacicazgos que habían sido propiciados por el modelo de desarrollo iniciado por Díaz. La muerte de Francisco I. Madero y la etapa armada que le siguió por la proliferación de grupos armados liderados por los caciques, volvió a constreñir las posibilidades del cambio pacífico, gestado en las clases educadas en el extranjero.

Durante la Revolución Mexicana, nuevamente los frentes de batalla están contruidos por jóvenes intrépidos, incluso su participación es más desde un sector social, que como grupo etario. Al término de la confrontación interna, las políticas estatales proponen políticas de educación y salud principalmente, cuya limitación estuvo en no considerar la distribución territorial y las diferentes etnias que forman el territorio. Pero que en esencia, se tradujo en la preponderancia del Estado en distintos rubros

sociales. El pacto bajo el cual surge la constitución de 1917 busca dar un nuevo espíritu a la nación independiente, para convertirla en soberana. En este cometido resalta la ampliación de las garantías individuales y la disposición de derechos sociales y políticos, que a pesar de que significan en el contexto nacional una ampliación de la ciudadanía, mantiene constreñida la participación de la juventud, no tanto por representarla como un riesgo, sino más bien porque las reglas del sistema político se transforman, tomando relevancia la figura del caudillo como principal articulador social, el cual requiere de una formación “heredada” de su desempeño en el campo de batalla.

Con el gobierno de Venustiano Carranza, el Estado Mexicano inicia un trabajo que durante varias décadas estará dirigido a consolidar un programa político con énfasis en la solución de problemas sociales y no sólo sobre la modernización.

El estado asume la tarea de consolidarse integrando a sectores antes marginados de las formas de gobierno lo que implicaba incorporar sectores populares. Establecer un control tras la revolución mexicana al asumir el gobierno el interés en regular este tipo de procesos, se inicia una estructuración del nuevo orden económico y político, en el que la consolidación de un orden interno era la principal garantía y estímulo a la actividad social, la juventud se ve más acotada al orden patriarcal situación que los restringe.

El país se consolidó a lo largo de los siguientes cincuenta años con una propuesta de Estado asistencial donde la organización de la vida cotidiana a través de las instituciones que el estado regulaba, delineaba un orden que promovía la capacidad del estado para garantizar la vida pública. Es en este escenario donde la educación aparece como la estrategia de crecimiento social y personal.

Caras de lo urbano

En la medida que el estado-nación avanzó en su descomposición, la exclusión fue en una estrategia continua, las fronteras del orden, lo que no se puede encauzar es mejor alejarlo. La exclusión, proceso mediante el cuál las sociedades modernas construyeron la figura de los extraños (Bauman, 2001), aquellos sectores no oportunos al orden,

durante la primera parte del siglo XX son objeto de las políticas públicas asistenciales con el propósito de guiarlos e incorporarlos a la vida en sociedad, la psicología, pedagogía y derecho aportan herramientas para cumplir con esta encomienda. Sin embargo, al avanzar el siglo XX y a inicio del XXI, no importa ya la reinserción, se instituyen como extraños. Bauman (2001) refiere esta situación de la siguiente manera: “En la sociedad moderna y bajo la tutela del Estado moderno, la aniquilación cultural y/o física de los extraños y de lo extraño construía una destrucción creativa; derribar pero al mismo tiempo construir; mutilar pero también enderezar... se trataba de una tarea esencial del esfuerzo en curso de construcción del orden, de construcción de la nación, de construcción del Estado; era su condición y acompañamiento necesarios”. (p. 29). Hacia finales del siglo XX e inicio del XXI la juventud escenifica las contradicciones del momento económico.

El siglo XX se caracterizó por estudiar la juventud, sus diferentes expresiones lograron captar la atención de investigadores, a éste sector se le consideró objeto teórico a raíz de su constitución social como fenómeno. Antropólogos, sociólogos y en menor medida psicólogos recuperaron su historia: Ago, y col. (1996) Cueva (2005). Sus cualidades fueron descritas por Erikson (1950), Winnicott (1960). Los jóvenes irrumpieron como estadística: demográfica, laboral o electoral Wuest y Mar (2000), Sotelo (2000), Fernández (2001), Rajchenberg (2000). Pérez (2000), Feixa (1995) (1999) muestran su importancia como actores sociales y parte activa de los procesos de cambio. En tanto sujetos sociales son elemento clave de la cotidianidad Reguillo (2007), Becerra (2000), Castro (2005) o muestran formas culturales relevantes Casillas (1998), Valenzuela (1998), Feixa (1999). Como se puede observar, la juventud a lo largo de la historia se constituye como objeto de estudio para diversas disciplinas y como referencia sobre la vida, sobre todo para los adultos, puesto que los confronta con el pasado y futuro.

El Instituto Mexicano de la Juventud publicó diversos volúmenes sobre temáticas relacionadas con este sector como la educación, el empleo, sus identidades, la socialización, entre otras. Destacan los escenarios urbanos como principal forma de construcción de las identidades de los jóvenes la grupalidad que muestran permite construir incluso categorías como culturas juveniles o tribus urbanas, en ambas

acepciones se advierte la construcción de lazos afectivos que marcan el tránsito por ese momento y la pertenencia a sectores donde el cuerpo, el vestuario, el lenguaje muestran la diferencia entre ellos y con los adultos.

En el terreno de la juventud problemática, señala Reguillo (2007) "Los chavos banda, los cholos y los punks en México; los maras en Guatemala y el Salvador, los grupos de sicarios, bandas y parches en Colombia, los landros de los barrios de Venezuela, los favelados de Brasil..." (p 21) muestran las diversas manifestaciones de lo peligroso, de los sectores violentos y de confrontación con la ley.

Otro sector que evidencia el tránsito por esta etapa de la vida en condiciones adversas lo constituyen los jóvenes en situación riesgo o de calle, quienes viven la exclusión de la principal institución social, la familia, lo que posibilita crecer con carencia de relaciones familiares o la presencia de éstas fracturadas. En México, Taracena (1992, 1998, 2001, 2002) con un enfoque de la sociología clínica recupera las experiencias de ésta forma de vida sobre todo en el campo educacional. Aguado y Palomino (2013), (2014) señalan que las experiencias de estos niños y jóvenes ya sea como representaciones o prácticas sociales deben ser recuperadas desde lo psicológico en función de que esas expresiones dan cuenta de un sujeto. Así, ambas poblaciones construyen en lo cotidiano el rostro de la exclusión, y siguiendo a Bauman (2001) de los extraños.

La marginalidad juvenil se asocia con el ámbito no escolarizado, durante los años ochenta del siglo XX aparece la banda como forma cultural, como práctica social, y da lugar al concepto de "tribus urbanas", término propuesto por Feixa (1999) que define a las culturas juveniles como "... el conjunto de formas de vida y valores, expresadas por colectivos generacionales en respuesta a sus condiciones de existencia social y material" (p.73). El concepto surge en oposición a los términos de microculturas o subculturas que expresan desviación de lo normal, para él, hablar de culturas remite a las materialidades provenientes de las identidades generacionales, de género, clase, etnia y territorio. El autor señala "en línea con la escuela de Birmingham, propongo considerar a las culturas juveniles como "metáforas" del cambio social que actúan

como "espejos deformantes" que reflejan (de manera distorsionada) las contradicciones de una sociedad cambiante, en términos de sus formas de vida y valores básicos"(*Íbidem* p. 75). Es de particular importancia la propuesta de este autor, dado que ha generado líneas de investigación que describen la existencia de formas y vías de comunicación transnacionales que identifican a los jóvenes de diferentes lugares. Sin que esto implique una homogeneidad como se considera en muchas ocasiones.

Feixa (1995) sintetiza esta situación: "... las bandas que aparecen en la Gran Bretaña de posguerra (*teddyboys, rockers, mods, skins*), son parte de la resistencia ritual de los jóvenes de la *workingclass* ante la hegemonía cultural de las clases dominantes. Por otra parte las contraculturas, que inician a mediados de la década y que tienen su máxima expresión en el movimiento *hippie* y la extensión de la protesta estudiantil que culmina en mayo de 1968, son otras tantas formas de disidencia propias de la *middleclass*. Las primeras fueron vistas por las agencias de control social como nuevas expresiones de las formas tradicionales de gamberrismo, mientras que las segundas fueron analizadas como estrategias de subversión política y moral más organizadas" (Feixa, 1995, p 81). Los jóvenes marginados, expulsados de las instituciones, inician el camino de constituirse en población, ponen en escena las contradicciones del modelo económico actual donde se polariza la desigualdad económica y se estigmatiza la diferencia, las expresiones del cuerpo, las identidades, emergen como acción contestataria a los valores difundidos por la cultura dominante.

La promesa de reemplazo generacional construida en el surgimiento de la modernidad a partir del tránsito por las instituciones educativas de niños y jóvenes como estudiantes, pone en escena las transformaciones de éxito a desencanto de esta población. Casillas (1998), resalta que el estudiante fue portador de utopías incluso señala al grupo de los universitarios como sector clave en la búsqueda de cambios para el sistema educativo especialmente en las universidades. Lasida (1998), menciona que en el pasado la universidad era un ámbito privilegiado de aprendizaje y socialización debido a que el tránsito por la escuela permitía construir relaciones afectivas con sus pares. En ese escenario emerge un tipo de joven emblemático del siglo XX el actor social

Del estudiante se acentúan algunas características, por un lado su enfoque político, el escepticismo y la crítica aguda y por el otro un mayor interés por la información y la formación teórica que convergía en formas de participación política.

Destacan dos escenarios, el primero de participación política a través de la acción, en el plano institucional mediante el ejercicio del voto o la radicalización ante las organizaciones con el abandono de la escuela y la participación en las guerrillas. Y el segundo, de cansancio y enojo debido a que con el paso del tiempo y la construcción de una política estatal neoliberal poco a poco crece el rechazo del ámbito laboral, de la promesa, de la apuesta del enlace entre generaciones, ante una formación educativa aparece un escenario inevitable, la falta de empleo, la baja remuneración por el trabajo realizado, la voracidad de los mercados. Es en los noventas, cuando se acentúa la pérdida de la credibilidad y relevancia de la universidad para algunos sectores de jóvenes. Becerra (2000), señala como resultado el bloqueo a la movilidad social, y la pérdida de la universidad como espacio seguro del aprendizaje y de socialización, situación contradictoria, ya que durante ese periodo el acceso a las Instituciones de Educación Superior crece para dos sectores las mujeres y los pobres.

Las transformaciones de la vida privada como fueron la salida de las mujeres a la escena pública principalmente con la incorporación al trabajo, la feminización de la organización familiar, la homosexualidad como una más de las expresiones de las relaciones de pareja, el cuestionamiento de la parentalidad como propósito del matrimonio, han mostrado que el enlace entre generaciones, encargo social, que definía ese periodo, se encuentra trastocado. Las formas que adquiere la cotidianidad de los jóvenes ha posibilitado la existencia de nuevas relaciones amorosas, con el cuerpo, con la pareja, han trastornado la vida privada y se permanece más tiempo en la casa paterna –cuando esta existe- o se expulsa de los hogares a niños y jóvenes.

Expresiones en lo rural

El tema de los niños y jóvenes indígenas es poco abordado, la edad en esas culturas, señalan Feixa y González (2005), tiene un sentido diferente al de las zonas urbanas. En el ámbito rural se construye el pasaje de la niñez a la adultez a partir de formas

comunitarias como la relación de servicio, herencia de la iglesia católica, y del desarrollo de actividades de apoyo a la comunidad relacionadas generalmente con un sistema de cargos mismo que les permite tener una posición, en su comunidad. La niñez es un momento de preparación para la adultez que implica el matrimonio y la responsabilidad con su familia de origen en cuanto a la obediencia y el cuidado de los ancianos. A finales del siglo XIX e inicio del XX la salida de este periodo implicaba la preparación de las niñas en las labores domésticas y de los niños en la agricultura combinado con los compromisos comunitarios de los adultos así, el sistema de cargos enlazaba la vida familiar con su comunidad.

La diversidad étnica de nuestro país muestra diferencias pero no rupturas, los niños y jóvenes no aparecen con voz autónoma, son relevantes como parte de la organización interna, sus acciones dependen de la familia y comunidad, la responsabilidad es un eje formativo crucial puesto que construye un sentido de preparación para la adultez que es difícil de trasladar a los cánones occidentales, e invita a reflexionar las particularidades que adquieren las nociones de dependencia y autonomía.

Urteaga (2008) señala cuatro transformaciones socioculturales que derivadas del pensamiento occidental han afectado a diversas etnias: el factor demográfico actual, los flujos migratorios a nivel local o fuera del país, la extensión de la obligación de la escuela y la presencia de los medios de comunicación.

Pensar a los jóvenes indígenas remite a considerar que los procesos de culturización y la llegada del pensamiento occidental donde lo novedoso transforma la cotidianidad han puesto en tensión a generaciones y comunidades. Dos figuras parecen representativas de lo anterior, los jóvenes migrantes y los jóvenes estudiantes, quienes además de la diferencia en su trayectoria muestran diferencias de género. En el migrante, la salida de la comunidad del varón implica dejar a su pareja y/o hijos además de los compromisos comunitarios por lo cual la familia paterna asume el cuidado de los que quedan y con ello conserva su dependencia al lugar de origen. Si la migrante es una joven crece la posibilidad de construir relaciones fuera de la

comunidad sin embargo el tutelaje de la familia de origen se extiende con el fin de garantizar el respeto de las costumbres.

Están expuestos a los modelos urbanos que importan los medios de comunicación, las costumbres y tradiciones se conservan en lo cotidiano y se confrontan con la información mediática. Finalmente la visita o regreso de la población migrante crea expectativas para salir de la comunidad y, se crea una tensión entre lo propio de origen que impulsa un sistema de cargos comunitario y lo ajeno que muestra trayectorias que fortalecen lo individual

Los niños en las zonas étnicas son los que viven de manera continua la imposición de otra cultura, al obligárseles a asistir a la escuela con el uso de una lengua ajena, los procesos educativos se realizan distanciando sus referentes lingüísticos de los procesos de alfabetización. Continuar con los procesos formativos incluyendo la educación superior como proyecto de vida adquiere dimensiones diferentes por género, para los varones la educación significa un cambio en la movilidad social, tarea nada fácil, pues en el trayecto académico sufren de discriminación y descalificación por el origen étnico, sin embargo existen redes de apoyo de la comunidad de origen lo cual les permite sobrevivir. Para las jóvenes casi siempre significa el abandono de la casa familiar al tomar decisiones y actuar con mayor individualidad, esto último no siempre con buenos resultados puesto que sufren de amenazas y castigos por parte de sus familiares recurriendo incluso a la violencia al alterar el proyecto parental. Así, La escolarización como factor coadyuvante de la condición migrante juvenil en las zonas rurales ha permitido que esta etapa de la vida adquiriera características similares a los ámbitos urbanos, no obstante el casamiento a temprana edad permanece.

Conclusiones

Como se ha descrito niñez y juventud adquieren diferentes sentidos a lo largo de la historia, en la actualidad estas poblaciones como fenómenos de estudio convocan a diversas disciplinas incluyendo a la psicología. Como se ha mostrado las principales formas de abordaje de la juventud son de carácter sociológico, político, educativo y antropológico y en la niñez destacan la pedagogía y la psicología. En la actualidad

estas dos poblaciones son de particular importancia, además de reconocer sus derechos lo cuál jurídicamente les permite evidenciar su existencia, se muestran como principales grupos etarios a los cuales se dirigen las políticas públicas y por consiguiente la demanda de atención a sus necesidades. Para la juventud en su devenir histórico se muestran grandes retos para la psicología en la construcción de miradas explicativas que como fenómeno de estudio requiere puesto que las aportaciones actuales remiten a procesos sociales y culturales dejando un hueco en lo referente a los aspectos psicológicos en cualquiera de sus posibilidades: comportamientos, mentalidades, personalidades, procesos psíquicos, etc. Si bien queda claro que es una noción que surge desde la sociología, habría que reflexionar las fronteras disciplinares con el propósito de recuperar los procesos que se construyen en esta condición de vida. De la niñez en el presente documento se ha mostrado su irrupción como fenómeno de estudio lo cual matiza los aspectos abordados en su estudio, si bien es cierto que la pedagogía y la psicología han hecho acercamientos explicativos sobre sus características es importante que éstos sean oportunos a los cambios histórico-sociales de cada época

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ago R., (1996) Jóvenes nobles en la época del absolutismo: Autoritarismo paterno y libertad en Ago, R., Crouzet-Pavan, E., Frascchetti, A., Horowitz, E., Marchello-Nizia, C., Pasteoureaux, M., Schindler N., Schnapp, A., Historia de los Jóvenes. I. De La Antigüedad A La Edad Moderna. Santillana, S. A. Taurus Madrid España.
- Ago R., Crouzet-Pavan E., Frascchetti A., Horowitz E., Marchello-Nizia C., Pastoreau M., Schinder N., Schnapp A. (1996) Historia de los Jóvenes. I. Della Antigüedad a la Edad Moderna. Santillana, S. A. Taurus. Madrid, España.
- Aries P. (1987) El niño y la vida familiar en el antiguo régimen. Taurus Madrid
- Bauman Z. (2001) La Posmodernidad y sus descontentos. Ediciones Akal. Madrid, España.
- Becerra L R. (2000) "Participación política y ciudadana de los jóvenes "en Pérez Islas José Antonio (coord.), Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1999, t. II, Instituto Mexicano de la Juventud, México pp. 529-577.
- Castro G. (2005) Los jóvenes y la vida cotidiana: elementos y significados de su construcción. Espacio abierto, Vol 14 (1), enero-marzo, 2005, 7-23 Venezuela
- Ureaga M., Castro P. (2008) Jóvenes e indios en el México contemporáneo. Revista de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Vol 6 (2), julio-diciembre, 667-708
- Caron J., Fabre D., Loriaga S., Luzzatto S., Malvano L., Michaud E., Passerini L., Perrot M., Romano G. (1996) Historia de los Jóvenes. II. La Edad Contemporánea. Santillana, S. A. Taurus. Madrid, España.
- Carrasco F (2001) La educación indígena. En Marsiske R. La Universidad de México. Un recorrido histórico de la época colonial al presente. Plaza y Valdés/ UNAM México. 170-182
- Casillas M. A. (1998) Notas sobre la socialización en la universidad. Revista JOVENES Edición cuarta época, año 2 (7) México abril-diciembre pp. 12-27
- Crouzet-Pavan. E. (1996) Una diosa del mal: los jóvenes en la Italia Medieval (siglos XIII al XV) en Ago, R., Crouzet-Pavan, E., Frascchetti, A., Horowitz, E., Marchello-Nizia, C., Pasteoureaux, M., Schindler N., Schnapp, A., (1996) Historia de los Jóvenes. I. De La Antigüedad A La Edad Moderna. Santillana, S. A. Taurus Madrid España.
- Cueva P. M. (2005) La Juventud Como Categoría de Análisis Sociológico. Editado por Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM. Cuadernos de Investigación 32. México.
- Fernández P. A. M. (2005) Infancia, Adolescencia y Política en México. Miguel Ángel Porrúa, librero-editor. México.

- Foucault M. (1976) Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión. Siglo XXI editores .México
- Fraschetti A., (1996). El mundo Romano en Ago, R., Crouzet-Pavan, E., Fraschetti, A., Horowitz, E.; Marchello-Nizia, C., Pasteoureaux, M., Schindler N., Schnapp. A., (1996) Historia de los Jóvenes. I De La Antigüedad a La Edad Moderna. Santillana, S. A. Taurus Madrid España.
- Feixa C., (1995) Tribus Urbanas & Chavos banda las culturas juveniles en Cataluña y México. Nueva Antropología Revista de Ciencias Sociales.
- (1999) De jóvenes bandas y tribus. Antropología de la juventud. Ariel. Barcelona España.
- (2000) Movimientos juveniles en América Latina. Pachuchos, blandos, punketas. Ariel, Barcelona España.
- Lasida J., (1998) Los jóvenes pobres frente al trabajo. Revista JOVENES Edición cuarta época, año 2, (7) México D F. abril-diciembre pp. 120-141.
- Loriga S (1996) Jóvenes rebeldes y revolucionarios (1789-1917) Caron, J C., Fabre, D., Luzzatto, S., Malvano, L., Michaud, E., Passerini, E., Perrot, M., Romano, G. (1996) Historia de los Jóvenes II Edad Contemporánea. Santillana, S. A. Taurus Madrid España. pp 239-310.
- Marchello N. (1996) Caballería en Ago, R., Crouzet-Pavan, E., Fraschetti, A., Horowitz, E.; Marchello-Nizia, C., Pasteoureaux, M., Schindler N., Schnapp. A., (1996) Historia de los Jóvenes. I. De La Antigüedad a La Edad Moderna. Santillana, S. A. Taurus Madrid España.
- Michaud E. (1996) "Soldados de una idea": los jóvenes bajo el tercer Reich. Caron, J C., Fabre, D., Loriga S., Luzzatto, S., Malvano, L., Michaud, E., Passerini, E., Perrot, M., Romano, G. (1996) Historia de los Jóvenes II Edad contemporánea. Santillana, S. A. Taurus Madrid España. pp. 346-380.
- Passerini L. (1996). La juventud, metáfora el cambio social (dos debates sobre los jóvenes en la Italia fascista y en los Estados Unidos durante los años cincuenta) Caron, J C., Fabre, D., Loriga S., Luzzatto, S., Malvano, L., Michaud, E., Passerini, E., Perrot, M., Romano, G. (1996) Historia de los Jóvenes II Edad contemporánea. Santillana, S. A. Taurus Madrid España. pp. 381-445.
- Schindler N., Schnapp. A., (1996) Historia de los Jóvenes. I. De La Antigüedad A La Edad Moderna. Santillana, S. A. Taurus Madrid España.
- Pérez I. J. A. (2000). Ser joven en México. Concepto y contexto. En Pérez I. Jóvenes e Instituciones en México 1994-2000 Actores, políticas y programas. Instituto Mexicano de la Juventud, México
- Pérez I. J. (2003) Nuevas Miradas Sobre Los Jóvenes. Instituto Mexicano de la Juventud. Colección Jóvenes. México.

- Perrot M. (1996) La juventud obrera. Del taller a la fábrica. Caron, J C., Fabre, D., Loriga S., Luzzatto, S., Malvano, L., Michaud, E., Passerini, E., Perrot, M., Romano, G. (1996) Historia de los Jóvenes II Edad contemporánea. Santillana, S. A. Taurus Madrid España. pp. 101-164
- Reguillo C. R. (2007). Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto. Grupo Editorial Norma. Colombia
- Romano G., Imágenes en la juventud en la edad moderna. Caron, J C., Fabre, D., Loriga S., Luzzatto, S., Malvano, L., Michaud, E., Passerini, E., Perrot, M., Romano, G. (1996). Historia de los Jóvenes II Edad contemporanea. Santillana, S. A. Taurus Madrid España. pp 9-22
- Schnapp A. (1996). La imagen de los griegos en la edad media en Ago, R., Crouzet-Pavan, E., Frascchetti, A., Horowitz, E., Marchello-Nizia, C., Pasteoureaux, M., Schindler N., Schnapp. A., (1996) Historia de los Jóvenes. I. De La Antigüedad a La Edad Moderna. Santillana, S. A. Taurus Madrid España. pp. 25-71.
- Taracena E., Tavera M. L. (1992). En Niño trabajador y su representación de la Familia. XXII Coloquio de Investigación, Memorias, FESI-UNAM México.
- Valenzuela J. M., "Culturas juveniles. Identidades transitorias" ,JOVENes . Revista de estudios sobre la juventud, SEP, causa joven-CIEJ, cuarta época, año1(3) México, enero-marzo, 1997, pp. 12-35. José Manuel Valenzuela, el color de las sobras. Chicanos, identidad y racismos, El COLEF-UIA, México, 1998.